

JAIME DESPREE

# MARCUS

UNA HISTORIA DE MI BARRIO

La acción de esta novela transcurre en un  
barrio de alguna ciudad europea,  
durante los años 60

NOVELA

Copyright by © Jaime Despree  
Todos los derechos reservados  
Primera edición: Mayo de 2018  
[www.jaimedespree.com](http://www.jaimedespree.com)  
ISBN: 13:

Editorial: BoD

*Yo nado en el vacío  
del sol tiemblo en la hoguera  
palpito entre las sombras  
y floto con las nieblas.*

*Gustavo Adolfo Bécquet*



## LOS PERSONAJES DE ESTA NOVELA

Nombre	Edad	Perfil
Marcus	50	Intelectual frustrado/tendero
Laura	42	Bibliotecaria/Amiga de Marcus
Linda	30	Prostituta/Inteligente/Amante de Marcus
María	18	Hija del peluquero/muy bella
Jonás	64	Peluquero/Padre de María/viudo
Guido	46	Librero/Escritor mediocre
Julia	38	Sin profesión/Amiga de Guido
Adela	47	Panadera /chismosa
Ramiro	49	Marido de Adela/filósofo amateur
Lucio	22	Hijo subnormal de Ramiro y Adela /necio
Rodolfo	46	Carnicero/obeso/simple
Ignacia	42	Mujer del carnicero /obesa/simple
Rodolfito	12	Hijo de los carniceros/niño prodigio
Jacinto	36	Policía municipal/tolerante/soltero
Margarita	32	Florista/novia del policía
Luisa	9	Hija ilegal de Margarita
Efraín	58	Diputado de la ciudad/socialdemócrata
Leonardo	32	Maestro de escuela/socialista/radical
Romano	62	Propietario de inmuebles/usurero
Raul	19	Hijo de Romano/Corrompido/soberbio
Rufo	38	Abogado de Romano/servil
Aura	32	Vecina de Marcus/adivina
Enrico	40	Médico de cabecera de Marcus
Serafín	77	Parroco católico/bondadoso
Erasmus	34	Predicador protestante/activo

## MI BARRIO

Este es el barrio en el que he nacido y consumido medio siglo de mi vida. De joven tuve grandes ambiciones. Quería ser un admirado y respetado líder intelectual; ser guía y conductor de mis paisanos. Descubrirles los misterios de la vida, la justicia social, la perfecta comunidad. Enseñarles dónde está la verdad y cuál es el sentido de la vida, pero la guerra trastocó todos mis nobles planes y me demostró lo débiles y estériles que son las buenas y brillantes ideas frente a la fuerza de las irracionales y las malas. Mis sueños redentores quedaron bajo los escombros, y cuando con esfuerzos sobrehumanos logramos reconstruir nuestro barrio, no quedaba ni rastro de ellos. Ya sólo se trataba de sobrevivir con los restos del entendimiento que me quedase. Y abrí una modesta tienda de bisutería y baratijas para regalo, porque mi difunto padre había sido joyero, y era la única profesión de la que tenía algún conocimiento. De nada sirvieron los años entregado a estudiar humanidades, cultivar mi espíritu con lecturas de los grandes filósofos, teólogos o escritores. Nada de eso me permitía ganarme honradamente la vida.

Mi barrio es un pequeño mundo, formado por una docena de manzanas. Tiene una iglesia católica y otra protestante, que compiten por cuál de las dos hace sonar las campanas con más

intensidad, y atrae a más feligreses. La católica la frecuentan beatas y jubilados, temerosos de morir en pecado mortal e ir al infierno, y esperan que su iglesia les salve; la protestante gentes de todas las razas y naciones, que convierten la casa de Dios en un club social, donde se canta y se interpretan canciones con una variopinta orquesta de aficionados. Puede que a Dios no le desagrade.

También tiene las dos cosas más apreciadas en una pequeña comunidad: un cementerio y una escuela de primaria; la muerte y la vida. El fúnebre silencio de sus tumbas es compensado por los gritos de entusiasmo por el juego de los niños. Los muertos deben sentirse bien acompañados. También tiene un pequeño parque, donde crecen hayas milenarias, que resistieron los horrores de la guerra, y ahora dan cobijo a los pájaros y sombra a los ancianos, que parecen contemplar con avidez estas imágenes de vida cuando están cercanos a la muerte.

La mayoría de los vecinos que superamos los cincuenta somos los mismos que éramos antes de la guerra, excepto los desgraciados que murieron bajo los escombros, y nos conocemos desde hace ya muchos años. Ninguno de nosotros quiere hablar del pasado, es como si se nos hubiera borrado de la memoria. Todos empezamos una nueva vida después del cataclismo bélico, pero ninguno ha podido realizar sus sueños de antes de la guerra. Las guerras matan los sueños, pero despiertan las conciencias. Ahora somos más sabios, pero más desdichados.

Aunque modestos, hay suficientes comercios como para que no nos falte lo esencial. La mayoría tienen largas listas de deudores, porque los años de postguerra han sido muy duros y han escaseado los buenos empleos. Quien puede permitírselo y quiere algo especial, tiene que ir a los grandes almacenes del centro.

El corazón del barrio en una acogedora plaza con dos milenarias hayas, y media docena de tilos jóvenes, plantados después de la guerra. A cada uno de los extremos de la plaza están las iglesias, pero el lugar más concurrido es el Gran Café Central, donde casi a diario, solemos acudir al finalizar la jornada de

nuestros tediosos trabajos. El noble edificio donde esta ubicado no sufrió milagrosamente daños de importancia durante la guerra y conserva su decoración original, al estilo de los grandes cafés tertulia del siglo pasado, para martirio de los camareros, que terminan agotados por las grandes distancias que tienen que recorrer. Como su nombre indica es una gran sala, con innumerables mesas, y asientos corridos adosados a las paredes, tapizados de cuero descolorido y desgastado por tantos años de uso. Unos grandes espejos dan la sensación de ser todavía más grande, que combinan con frescos de un corrupto Art-déco, tan popular en los años en que fue decorado. A pesar del nombre, influenciado sin duda por los grandes cafés franceses de la época, la bebida más habitual no es el café, sino la cerveza.



## PRESENTACIÓN DE LOS PERSONAJES

### La joven y bella María

La encantadora María ha vuelto a llenar de luz mi oscura vida. No tengo más aliciente en todo el tiempo que me ocupo de mi ruinoso negocio que su esporádica presencia. Siempre que pasa por delante de mi modesta tienda de bisutería se detiene a contemplar las baratijas, que no pueden realzar más su belleza. Pero su coquetería natural le atrae hasta mi pequeño escaparate. Le seduce un collar de perlas de imitación y las gargantillas de fieltro negras. Pero ¿no es un sacrilegio ocultar ese precioso cuello? María es hija de un modesto peluquero del barrio, viudo desde hace un año, y su bella hija tiene que hacerse cargo de la casa. Francamente, yo no dejaría mi cuello para que me afeitara con sus manos ya temblorosas. No creo que sus escasos clientes le permitan vivir decentemente. Supongo que debe confiar en que su bella hija encuentre un buen partido que les saque a ambos de la

miseria. ¡Cuánto daría por ser yo ese privilegiado! Pero mi negocio no es menos ruinoso que el suyo.

—María —me atrevo a decirle mientras ella no aparta su mirada del falso collar de perlas—, siempre que pasas por delante de mi tienda te detienes a contemplar ese collar. ¿Te gusta? ¡Podría regalártelo!

María es joven, pero no ingenua. Debe saber que nadie regala algo a cambio de nada, y yo no soy un ángel. Ella me sonríe, y no tiene en cuenta la inmoralidad de mi generosa oferta.

—¿Para qué quiero un collar tan bonito si no tengo un vestido para lucirlo?

—Si tú quisieras podrías vestirte como una reina...

—¿Una reina sin un rey? —me interrumpe, sin perder su encantadora sonrisa.

—¡Todavía hay príncipes solteros!

—Pero no se pasean por este barrio.

—¿Y no hay en el barrio ningún príncipe que te haga su reina?

Me responde con una nueva sonrisa que me deja con la duda y prosigue su camino. Solo su juventud justifica su alegre carácter, porque su vida debe estar rodeada de una gran tristeza.

### Adela, la panadera chismosa

La chismosa Adela, de camino a su panadería, ha contemplado la escena y, como es propio de su entrometido carácter, no puede evitar ponerme al corriente de su chismes:

—¿Quién conseguirá cazar esta hermosa corza? ¿El hijo de Paco, el carbonero? Es apuesto y está perdidamente enamorado de esta criatura, que le regala el carbón para ganar su afecto. Pero ella ni le quita ni le da esperanzas, porque los inviernos son largos y fríos, y necesita su carbón. Pero quien no le quita ojo, y no con sanas intenciones, es Raulín, el hijo mal criado de ese usurero de Romano. La pobre terminará por ceder a sus malvados deseos,

porque necesita alguien que les libre de sus deudas, a pesar de que en muchas tiendas donde despachan jóvenes le rebajan e incluso le regalan lo que compra, que yo estoy tentada a hacer lo mismo, si no temiera las protestas de mis otros clientes. Corre el rumor de que deben seis meses del alquiler de la peluquería, que como muchos otros inmuebles del barrio, es propiedad de Romano. Su perverso hijo no dudará en aprovecharse de su situación para tener sus favores...

No estoy interesado en su chismosa información, pero en este barrio todos nos conocemos y dependemos unos de otros, por eso es necesario mantener una buena convivencia. Le hago ver que estoy interesado.

—Veo que estás bien informada.

—En mi panadería no se habla de otra cosa. Hasta se han hecho apuestas por acertar con quién de sus muchos pretendientes terminará casándose.

—¿Y quién de todos ellos es el favorito?

—¡Guido, el librero, por supuesto!

—¡Pero debe rondar los cincuenta!

—¡La mejor edad para un hombre! A las jovencitas les atraen los hombres maduros y con experiencia de la vida, y no tiene mala posición, porque el negocio de libros parece que no le va mal. Yo creo que harían una buena pareja, porque Guido es un caballero. Pero está por medio su prometida, Julia, aunque no sea oficial, debe tener llena su casa de libros sin leer, porque no sale de su librería. También mi Lucio anda tras de ella, pero no le consentiríamos que se case con una mujer que está en boca de todo el barrio. ¡Antes le desheredamos, y no tendría poco que perder! ¡No digo que no sea honrada, pero corren tantos rumores..!

Afortunadamente ha entrado una clienta y tengo una buena excusa para despedirme y terminar esta conversación tan denigrante. Ella parece contrariada, como si yo hubiera probocado la excusa para dejarla plantada, con la mitad de sus chismes sin

contar, y prosigue su camino sin disimular su contrariedad, pero pronto encontrará una nueva víctima para su perversa afición.

Jacinto, el policía del barrio

Puntual como siempre, Jacinto, el policía municipal, entra en mi tienda para interesarse por mi seguridad. Pero la verdad es que en nuestro barrio la policía tiene poco trabajo, y tenemos suficiente con el tolerante y paciente Jacinto.

—¿Todo en orden, Marcus? —me hace la misma rutinaria pregunta de cada día.

—Por aquí todo en paz —yo también le doy la misma rutinaria respuesta—. ¿Y cómo están las cosas en el barrio? ¿Ningún raterillo que detener, un borracho que calmar, o un vecino escandaloso que amonestar?

—Por desgracia, ha pasado algo que lamentar. El gato de la anciana Rosita ha muerto atropellado por un auto a la puerta de su casa. El pobre animal seguía a la anciana cuando se dirigía a la iglesia a oír misa. Ha sido tan fuerte su impresión que la pobre mujer ha perdido la fe, y asegura que no pisará jamás un lugar sagrado.

—Dios no solo se ha olvidado de nosotros, sino de nuestras inocentes mascotas. Puede que el iluminado de Nietzsche llevara razón, y Dios haya muerto.

—Si Dios ha muerto, será porque nosotros lo hemos matado. ¡Pero no hay cuerpo de policía que pueda encerrar a los asesinos, porque no podemos meter en la cárcel a toda la humanidad, ¡porque todos somos culpables!

Con frecuencia mis distendidas conversaciones con Jacinto acaban en profundas reflexiones y conclusiones morales y filosóficas pesimistas, porque ambos estamos de acuerdo en que los seres humanos somos malos por naturaleza, y solo el miedo al castigo nos mantiene en paz.

Jacinto suspira impotente por no poder hacer su trabajo con el resto de la humanidad como lo hace con nosotros, y se despide de mí con una inquietante pregunta:

—¿Llegará un día en que los seres humanos no nos necesiten?

Mi respuesta es clara y contundente:

—No lo creo, antes sucederá lo contrario, ¡tendrá que haber un policía por cada ser humano!

### Margarita y su hija Luisa

Estoy a punto de cerrar, pero tengo una inesperada clienta, es Margarita, la florista del barrio, que no hay duda de que su nombre es el más adecuado para su negocio. Quiere comprar unos pendientes para la primera comunión de su hija, Luisa.

—Hay que ver, Marcus, como pasa el tiempo. Parece que Luisa nació ayer, y ya ha cumplido nueve años y está a punto de tomar su primera comunión.

La pequeña Luisa nació por un frustrado amor de Margarita, y no tiene apellido paterno. Es una niña encantadora; una flor más en su floristería. En los primeros días después de que se supo las circunstancias de su embarazo, Margarita fue muy mal tratada en el barrio, porque en el fondo todos, menos Leonardo, el maestro de la escuela de primaria, que es un socialista radical y Efraín, nuestro diputado socialdemócrata, éramos más o menos conservadores y poco tolerantes de estos comportamientos. Pero Margarita llevó con resignación nuestro rechazo, y supo criar a Luisa con el afecto y la protección del padre ignorado. Ahora todos sabemos que mantiene relaciones serias con Jacinto, que seguramente terminarán en boda, y reconocerá a Luisa dándole un apellido. ¡Un policía casado con una florista y madre soltera! Sin duda que la guerra cambió muchas cosas en nuestras anteriores mentalidades, y nos ha hecho más tolerantes. ¡Algún beneficio tenía que tener!

—Y antes de que te des cuenta Luisa estará en edad de casarse — le comento, convencido de la frugalidad del tiempo.

—¡No, por favor, que no pase el tiempo tan deprisa! ¡No quiero separarme de mi hija!

—Tú tenías su edad cuando estalló la guerra, y te separaron para siempre de tus padres.

—¡Eso no le ocurrirá a Luisa!

—¡Que Dios te oiga, si es que no ha muerto!

Elige los pendientes, pero no le cobro nada, quiero que sea mi regalo de comunión de Luisa. Ella me lo agradece con su tenue sonrisa, la de una mujer que ha sufrido la incomprensión de sus vecinos.

### Rodolfo el carnicero, y su hijo prodigio, Rodolfito

Recojo la escuálida caja del día y cierro el comercio. No es que pueda permitirme cada día el gasto de beber una cerveza y pasar un rato entretenido en el Café Central, pero me lo quitaría de comer antes de privarme de este relajante momento. Mi modesta tienda está situada en la calle principal del barrio, donde están la mayor parte de los comercios. La amplia calle desemboca en la plaza, y es fácil encontrarse con conocidos o colegas de otros comercios que cierran a la misma hora.

Unos metros más allá de mi tienda me encuentro con el obeso Rodolfo, carnicero del barrio, capaz de despiezar una vaca en cinco minutos. Estoy convencido que ama su trabajo, posiblemente sea el único del barrio. Su vida parece un cuento de ogros que se comen a los niños, pero en este caso se trata de cerdos, terneras, vacas y creo que también vende carne de caballo, tan frecuente durante la guerra. Es el único que parece ser feliz en su matrimonio. Su mujer, Ignacia, tan obesa como él, tiene el carácter bonachón y tranquilo de las personas gruesas, y parece incapaz de tener un solo pensamiento que vaya más allá de su

carnicería, su marido y su hijo. Por eso creo que debe ser feliz.

Por si no tuvieran bastante dicha con sus pancetas y sus solomillos, Dios parece haberles bendecido con un hijo prodigio. Dicen que tiene una asombrosa capacidad de cálculo y una prodigiosa memoria, pero destaca sobre todo por su vituosionismo con el piano. ¡No tiene una razonable explicación que semejante criatura haya sido el fruto de ese matrimonio!

—Hola, Marcus. ¿A tomar tu cervecita? —me saluda con su voz ahogada propia de los obesos.

—Hola Rodolfo y Rodolfito. Sí, los vicios definen la fuerza de voluntad, cuantos más tenemos menos fuerza de voluntad nos queda, y a mí me queda ya muy poca. ¿Dónde vas con el pequeño Rodolfito?

—Voy a mis clases de piano —me responde su hijo sin esperar la respuesta del padre, a quien debe considerar incapaz de cualquier pensamiento inteligente.

—¿Cuándo nos volverás a deleitar con un nuevo concierto de piano?

—No lo sé —responde ufano, pero acostumbrado a los halagos—, pero me han invitado a un programa musical de la televisión el mes que viene, y tengo que prepararme..

El desplazado padre permanece sonriente y ufano de ser el progenitor de semejante lumbrera, pero en el más absoluto silencio, como encantado e incapaz de intervenir cuando su prodigioso hijo habla con alguien.

—¡Eso es fantástico! —le respondo mostrando entusiasmo, pero el fondo siento lástima de este niño a quien su inteligencia superior le ha robado su infancia.

Padre e hijo se dirigen a la parada de un autobús que les dejará cerca del conservatorio, donde al parecer, el pequeño Rodolfito asombra a sus profesores.

El café Central no está muy animado, todavía es temprano. Se suele animar a media noche. Es asombrosa la cantidad de gente que trasnocha en este barrio, y nunca cierra hasta bien entrada la

madrugada. Es durante esas horas cuando surgen las más acaloradas tertulias espontáneas, sobre los temas más disparatados, para los que siempre hay contertulios.

Laura, mi amor tardío

Casi al mismo tiempo hemos coincidido en la entrada del café Laura y yo. Laura es mi amiga desde hace casi un año en que nos conocimos durante un concierto de la Filarmónica Nacional, que recuerdo interpretaron los conciertos de Brandemburgo, del divino Bach. Es una viuda de guerra. Tenía veinte años y estaba prácticamente recién casada, cuando un obús acabo con la vida de su flamante marido. Ella se siente culpable de su muerte porque durante una alarma de bombardeo, cuando ya estaba a la entrada del refugio, le hizo volver a su casa en busca de un pequeño cofre donde guardaba algunas joyas familiares de gran valor y que habían olvidado. Su marido nunca regresó, pero recuperó las joyas que el muerto sujetaba todavía entre sus ensangrentadas manos. Por esta razón, no intentó rehacer su vida y ha permanecido soltera y solitaria hasta que me conoció. Sé que ella espera que nuestra amistad suba de grado y sea menos formal y más romántica, pero yo he perdido la necesaria fantasía e imaginación para complacerla. No sé cómo me soporta y persiste en mantener una amistad con tan pocos alicientes. Ella es la responsable de la Biblioteca municipal de nuestro barrio. Por eso los temas más frecuentes de conversación son los libros y sus autores. Nos acomodamos en una pequeña mesa, junto a los grandes ventanales que dan a la plaza y ella saca un grueso libro del bolso, que me enseña.

—¡Mira Marcus, la última edición de las obras completas de Goethe! ¿Te gusta Goethe? —me pregunta intentando meterme en el tema y vencer mi apatía.

—Fue mi lectura de juventud —le comento sin mostrar interés—.



Entonces me impresionó, pero ahora sería incapaz de leerlo. ¡Demasiado antiguo!

—Confíésalo, Marcus, en realidad ya no lees nada. ¡Nunca me has pedido un libro en la Biblioteca!

No me ha parecido oportuna su observación, pero la disculpo porque es cierto, pero tengo mis razones. Después de haber vivido los horrores de una guerra, no me queda nada que me sorprenda. A veces intento leer una novela y me parecen literatura para niños, o para personas que todavía tienen la capacidad de imaginar lo que están leyendo. Yo no puedo imaginar nada porque la realidad que he vivido ha superado lo imaginable. ¡Estoy condenado a ser realista, he perdido la capacidad de soñar!

Sé que ella comprende la causa de mi falta de interés por cualquier romanticismo. Puedo ser un fiel amigo, pero un mal amante. No insiste y parece resignada, pero nuestra relación no es muy consistente.

Guido, el librero, y su extrovertida amiga Julia

Acaba de entrar en el café Guido, le acompaña su amiga y creo que admiradora, Julia, porque Guido es también un autor de cuentos y relatos, que suele publicar en la sección cultural de una revista mensual editada en el barrio, con su colaboración financiera. En mi opinión, tiene imaginación, pero Dios no le ha otorgado el don de la creatividad, y no pasan de ser entretenidos, pero carecen de fuerza expresiva y originalidad. Laura y ella son grandes amigas, porque comparten la misma pasión por los libros. Nos han visto, y Julia se abalanza literalmente sobre Laura, y la abraza efusivamente. Les invitamos a que compartan nuestra mesa. Julia se sienta junto a Laura y la abrumba con mil preguntas sobre libros.

—¿Ya tenéis en la Biblioteca la última novela de Max Frisch? ¿Y el "Ulises", de Joyce? ¿Habéis recibido la inquietante novela "La

naranja mecánica" del paranoico Anthony Burgess; o esa maravilla literaria, "Cien años de soledad" del genial colombiano García Márquez. ¡No me digas que todavía no está en la Biblioteca esa joya argentina, "Rayuela", del atractivo Julio Cortazar... Claro que, bien pensado mejor es que tardéis algún tiempo en tenerlas, para que las podamos vender en la librería.

Julia habla en plural cuando se refiere a la librería, pero Guido no parece estar de acuerdo. Hacen una extraña pareja y no creo que se consolide esta unión. Ella es demasiado extrovertida, incontinente; habla por los codos y siempre pretende ser el centro de atención. Cuando no le queda más remedio que guardar silencio, no presta la mínima atención a quien está hablando, y parece concentrarse en no perder el hilo de su tema de conversación, para seguir con lo mismo, como si nadie hubiera dicho nada mientras guardaba silencio. No comprendo por qué Guido la soporta.

—¿Quién se llevará el Nobel este año, Guido? —le pregunto para llevar el tema de conversación a lo que le resulta familiar.

—Suenan varios nombres, pero el candidato más firme es un griego prácticamente desconocido en el mundo literario, Yorgos Seferis. Pero hay otros candidatos con muchas posibilidades, como Pablo Neruda o Samuel Beckett. Yo se lo daría sin duda a Neruda.

—¿Y cuándo lo ganarás tú?

Julia aprovecha mi jocosa pregunta para elogiar desmesuradamente a su amigo.

—Guido tiene méritos suficientes como para ganar el premio Nobel, pero él es demasiado modesto como para reconocerlo.

Guido parece molesto por este elogio, que él sabe que es infundado y trata de corregirlo.

—Julia, no es por falsa modestia, pero ni por lo más remoto merecería yo este galardón. ¡Ni siquiera he escrito todavía una simple novela!

—Perdona Guido —insiste ella—, pero los autores nunca sabéis

apreciar lo que escribís, somos los lectores los que tenemos la última palabra, y la mía es que tú eres un genio ignorado.

—Julia —intervengo yo—, no puedo estar de acuerdo contigo. Son los autores y no los lectores los que deben saber el valor de lo que escriben, porque la de los lectores es una opinión muy subjetiva.

Laura asiente con un enérgico gesto de cabeza. Guido quiere zanjar este tema de conversación y nos sorprende con un cambio de tema radical:

—¿Ganarán este año los socialdemócratas las elecciones?

Julia a quedado desplazada. Ella no tiene opiniones sobre política. Creo que Guido lo sabe y por esa razón a introducido el tema.

## Romano y su servicial corte

Como he comentado al principio, en este café nos reunimos prácticamente toda la vecindad a partir de la puesta de sol. He visto entrar a Romano, soberbio como siempre, consciente de su poder y su gran influencia sobre la comunidad, aunque la mayoría de las propiedades que posee son, en realidad, de su joven esposa. Tiene una mesa reservada, que comparte con sus dos únicos amigos: el notario y un abogado y sirviente que le lleva con mano de hierro sus negocios inmobiliarios.

Apenas se ha sentado, ha hecho un autoritario gesto para llamar al camarero, quien acude como su fuera su perro faldero. La razón son las generosas propinas que suele dar a quienes le sirve con docilidad. Su aspecto es el de un usurero de los cuentos de Charles Dickens. Siempre viste un impecable traje oscuro y un sombrero de fieltro negro, que deja colgado en un perchero solo para su uso personal y de sus dos amigos. Suele cenar aquí, en compañía de su corte de aduladores.

Este tirano se dedicaba a prestar dinero con usura durante los

primeros años de la postguerra, que invertía en la compra de inmuebles en el barrio. Se divorció de su primera y sufrida esposa, con la que tuvo a Raulín, para casarse con Sarita, la joven hija de uno de sus clientes arruinados por su usura, y para burlar al fisco, puso a su nombre la mayoría de los inmuebles. Sarita, nunca la he visto en el café, puede estar incapacitada o castigada por este tirano usurero. Su hijo, Raulín, es de los trasnochadores, que ocioso, no tiene otra cosa que hacer que emborracharse cada noche y hablar mal del Gobierno o de sus proezas sexuales, como suele hacer todos los borrachos.

Este siniestro personaje tiene muchos enemigos en el barrio, pero cuenta con uno de auténtico lujo: Leonardo, el joven maestro de la escuela primaria. Y si lo he citado es porque acaba de incorporarse a esta nave de locos, que es este café. Yo siento un especial afecto por este joven maestro, aunque no comparto su ideología, pero si su valiente y decidido talante frente a la adversidad, ¡tal como era yo a su edad!

### Leonardo, maestro de la escuela de primaria

Es un joven algo taciturno. No es la persona que te encanta al primer golpe vista y deseas que sea tu amigo. Antes al contrario, causa una cierta repulsión por su profunda y acusadora mirada, que consigue hacernos sentir culpables aún sin saber por qué causa. Por eso prácticamente no tiene amigos, y viene siempre solo al café. Suele acomodarse en uno de los asientos adosados a la pared, y bebe una cerveza, mientras ojea un periódico del partido en el que milita activamente. No es desde luego un buen candidato a posible marido para la bella María, aunque es también uno de los secretos pretendientes. Sospecho que debe ser una persona compleja de sentimientos profundos y de ideas radicales, lo que es una buena cualidad para asegurar la fidelidad, pero María no parece ser una mujer complicada y necesita algo

más que fidelidad.

También tengo la impresión de que no le gusta la soledad, a pesar de que su carácter pueda sugerir lo contrario, porque sospecho que no acude al café a beber su cerveza y ponerse al día con las acciones del partido, porque regularmente alza la vista y contempla la gente del café, y sobre todo, quién entra, como si esperase alguien en particular. Así no es posible concentrarse en la lectura.

En uno de esos breves vistazos me ha reconocido y me saluda con un breve gesto con la mano, y una sonrisa que logra transfigurar la rigidez de su rostro, por lo que parece ser una pose, pero como todo el mundo, debe añorar una compañía.

—Ahí está como siempre Leonardo, presumiendo de lobo solitario, cuando tengo la impresión de que en el fondo tiene la mentalidad de un perrito faldero —comento a mis amigos. Julia, siempre tan extrovertida y generosa en sus exuberantes afectos, sugiere que le invitemos a nuestra mesa. Es una canallada por mi parte, pero creo que harían una buena pareja, y de paso dejarían a Guido vía libre para intentar ganarse el corazón de María. Yo también creo, como la chismosa Adela, que a pesar de la diferencia en la edad, no harían mala pareja. La belleza, como el caviar o las ostras, no son para paladares inexpertos. Solo un hombre maduro e inteligente es capaz de ver el alma en el cuerpo de una atractiva mujer. Los jóvenes solo ven el cuerpo. Es ella misma quien se levanta y convence a Leonardo para que se una a nosotros. Me temo que será inevitable hablar de política.

Efrain, un político de antes de la guerra

—Y bien, Leonardo, ¿ha llegado la hora de los socialdemócratas? ¿Pasaremos los conservadores a la oposición? —introduzco el tema para que no se sienta desplazado y le prestemos atención.

—Ha llegado la hora de pasar otra página de nuestra historia —

responde sin demasiado énfasis, porque ha debido comprender la intención de mi pregunta—. Pero no seremos los socialistas los que provoquemos este cambio..

—Entonces —pregunta Julia, quien creo intuir que se siente atraída por el maestro de escuela—. ¿quiénes lo harán?

—Será la generación de postguerra. Nosotros, seamos de izquierdas o de derechas, padecemos del mismo estigma, y no estamos capacitados para liderar el cambio.

La respuesta nos ha dejado un sabor agridulce.

—Entonces tú crees que está acabada la influencia cultural y social de nuestra generación y de las anteriores? ¡Adiós Thomas Mann, Herman Hesse, Joyce, Marcel Proust, Víctor Hugo, y tantos otros!

—¡Creo que nadie tiene una mejor respuesta que quien acaba de entrar en el café!

Leopoldo se refiere a nuestro diputado regional, Efraín, que siempre ha residido en nuestro barrio, y a excepción del periodo nazi, siempre se ha ganado su acta de diputado regional por nuestra ciudad. Leopoldo y él son correligionarios y buenos amigos. Sería una descortesía no invitarle a nuestra mesa.

—Leopoldo, invítale a nuestra mesa, así tendremos tema para una tertulia.

Como buen político tiene la apariencia de un modesto servidor del pueblo, al que supone que atiende sus deseos y necesidades, pero lo cierto es que no deja de ser un político, y el *late motiv* de todo político es la permanencia en el poder. Cuando le ponemos al corriente de nuestra discusión nos ofrece su particular visión del mundo de postguerra.

—Ni socialistas ni conservadores, quien gobierna nuestra nación, sean los resultados que sean, son los Estados Unidos. ¡Lo demás son sucursales!

—Querido Efraín —le replico porque no comparto su radical conclusión—, ustedes los socialistas ven leones donde solo hay gatos. Los gatos arañan, pero no matan. Ellos sacrificaron miles

de vidas para librarnos de un perro rabioso, ¿alguna compensación tienen que tener!

—¡También hay gatos rabiosos! —me responde Leopoldo y Julia le apoya con un rotundo gesto de afirmación.

—Pero ustedes los conservadores ven gatos donde hay leones, y se dejan devorar por ellos, ¡y todavía están agradecidos! Sí, es verdad que nos han librado del imperialismo político nazi, ¡pero solo para caer en el imperialismo económico yanqui!

Julia parece entusiasmada con la reflexión de nuestro diputado, por lo que me confirma que simpatiza con las ideas de la izquierda. Definitivamente es la compañera ideal para Leopoldo.

Nuestro diputado parece haber encontrado su público y se siente obligado a pronunciar su discurso:

—¿Creen ustedes que los cientos de empresas que habían estado fabricando armas durante la guerra, cerraron sus puertas y despidieron a todos sus trabajadores?

—Se reconvirtieron en industrias para la paz —observo yo.

—¡No sea usted tan ingenuo! —me replica sorprendido—. ¡Es más rentable fabricar pistolas que lavadoras!

El padre Serafín, un bondadoso párroco católico

La tertulia sobre quién es el amo del mundo se ha prolongado todavía más de una hora sin que hayan cambiado nuestras posiciones: para mí los Estados Unidos son los salvadores de la Europa democrática, para Efraín y Lorenzo son sus opresores. No sirven de mucho los debates con gente mayor que no puede cambiar ya de opinión, porque se vuelve tan rígida como sus arterias.

La clientela del café está cambiando de aspecto. Llegan los primeros trasnochadores; es hora en que los madrugadores nos retiremos. Lorenzo se queda, porque no creo que sea ave madrugadora sino un animal nocturno. Para sorpresa de Guido,

Julia decide quedarse y hacer compañía al maestro, sospecho que pronto habrá cambios en sus relaciones. Pero Guido no parece afectarle, creo que está buscando una excusa para romper con Julia, y Julia debe buscar una excusa para cambiar de estímulos para su activo carácter. ¡Lorenzo puede ser su hombre!

La noche es fresca y apenas se ven vecinos por las calles. Mientras desentumecemos nuestros músculos atrofiados por casi dos horas de inmovilidad, veo salir de la iglesia católica al padre Serafín, un cura bondadoso, pero estricto en la ortodoxia católica, tan diferente del pastor protestante, más abierto a otras religiones y creencias.

Nos ha visto y se acerca a nosotros. Con toda seguridad, nos censurará por pecadores incorregible, porque sospecha que mantenemos relaciones íntimas con nuestras compañeras, sin estar bendecidos por el santo sacramento del matrimonio.

—Buenas noches, padre Serafín —le saludo—. ¿No es un poco tarde para celebrar misas?

—¡Calla ateo! Mientras vosotros condenáis vuestra alma en esta Sodoma, yo salvo del infierno a otras almas: Vengo de dar la extremaunción a un moribundo, que en el cielo esté.

—¿Puede saberse quién ha pasado a mejor vida?

—El padre de Jesús, el tapicero. Dios le tenga en su seno, pero ya lo quería tener a su lado y liberar a esa modesta familia de semejante carga, porque hacia dos meses que era centenario. Quedar con Dios y no le hagáis enfadar con vuestros pecados, que mañana tengo que decir misa temprano.

—Si Dios quiere que seamos pecadores por algo debe ser. Los senderos del Señor son inescrutables.

—Lenguaje de ateos... Buenas noches...

Se aleja con paso decidido a su residencia. El padre Serafín debe ser casi octogenario, pero sigue tan activo como si tuviera treinta años. Lástima que la mayoría de sus fieles ya sean incapaces de pecar por falta de fuerzas y debilidad de sus entendimiento, porque la gran mayoría son ancianos.



## Calixto, el mendigo iluminado

El padre Serafín se ha encontrado con Calixto, nuestro mendigo oficial, que como es habitual en él, permanece agazapado en algún rincón de la plaza pendiente de los que salimos del café para recolectar nuestras limosnas. El padre Serafín ha intentado en numerosas ocasiones ingresarle en una residencia de ancianos, pero él las ha rechazado una y otra vez, y prefiere sobrevivir en la calle con las limosnas que le damos, casi como un impuesto por contar en el barrio con semejante personaje. Él mismo nos ha revelado su extraño origen. Asegura venir de un planeta llamado Galikea, de una galaxía desaparecida, y que tiene poderes sobrenaturales como para destruir el mundo, pero nos perdona en agradecimiento a nuestra generosidad. También dice saber cuándo y cómo se acabará el mundo, pero ese es su secreto mejor guardado, y que no ha revelado a nadie. No obstante, siempre nos amenaza con destruir el mundo si intentamos hacerle algún daño. Aunque pueda parecer absurdo, muchos en el barrio creen que pueda ser cierto y le tratan con un prudente respeto. Esta noche parece haber recibido una revelación, y creo que está decidido a que todos sepamos de qué se trata, y empieza por poner al corriente de sus augurios al paciente padre Serafín:

—El gran hacedor, Neira, que reina sobre el universo desde la Galaxia central, se está revolviendo en su trono lleno de indignación, por las muchos pecados de vuestro mundo. Caera un rayo celeste sobre la parte más corrompida, y muchos inocentes moriran por causa de los malvados.

—Calixto —le responde el paciente padre—, el gran hacedor, como dices tú, habla conmigo cada mañana cuando vengo a su iglesia, y no me ha comunicado ninguna de tus atroces profecías, así es que deja de ir por hay contando tus dislates y atemotizando a la gente crédula del barrio.

El padre Serafín le considera un loco endemoniado, pero siente

lástima por él, y le lleva la corriente. Pero a mí no me parece que esté tan loco, muchas de sus dispartadas profecías encierran cierta lógina si lo vemos desde su perspectiva. No se ve igual el mundo en el palacio de un rey que en la choza de un carbonero. Para tener una idea de lo que somos y cómo nos comportamos hay que estar fuera de este mundo y Calixto lo está. No sé si es un extraterrestre, pero por desgracia en nuestro mundo hay muchos que no parecen pertenecer a este planeta, porque viven marginados de cualquiera de sus recursos. Solo los niños y los locos dicen lo que sienten, y no tienen ningna razón para justificar una mentira. Calixto viene a pedirnos su regalía, pero como suele hacer siempre, nos dirá algo inquietante con el suficiente interés como para justificar nuestra limosna.

—¡Salud, terrícolas! Es una noche templada, parecida a las de mi planeta, pero allí duraban el doble de tiempo que las vuestras.

—Buenas noches, Calixto, ¿qué hay de nuevo? ¿No estarás pensando en destruir el mundo?

—Haces mal en reírte de mis poderes sobrenaturales. Algún día os los demostraré, pero tengo que esperar órdenes de la Galaxia central. He recibido un mensaje del Gran Hacedor: vendrá a visitarme el próximo año bisiesto, y debo prepararme para una difícil misión: me ha encargado que busque doce hombres y mujeres justos, para nombrarlos embajadores de la Galaxia central, la que rige el universo.

—¡Difícil tarea te han encomendado, Calixto, es posible que no queden hombres y mujeres justos, porque nadie puede obrar con justicia en un mundo injusto.

—Terrícola, tú hablas como una galikeano. Puede que le dé tu nombre al gran Neira, para que seas su embajador extraordinario, y te premiará dotándote de poderes extraordinarios.

—¿Y cuál deberá ser mi trabajo?

—No puedo revelarlo, pero tú serás uno de los elegidos que podrás abandonar este corrompido planeta antes de su destrucción. Y ya he dicho más de la cuenta.

Guarda silencio porque espera nuestras limosnas. Hacemos una pequeña colecta y le entrego lo recaudado. Parece satisfecho.

—Más difícil que encontrar un hombre justo, es un hombre generoso. Tendrás el privilegio de ser unos de los elegidos para ser evacuado antes de que produzca la gran destrucción...

—¡Es un consuelo!

## Raulín, la vergüenza del barrio

Me despido de Guido y de Laura, que viven en el lado opuesto de mi vivienda, un pequeño apartamento en la segunda planta de mi comercio. Esta es para mí la peor hora del día. Mis noches son eternas y dolorosas, porque se despiertan todos mis demonios del pasado, y tengo suficientes como para llenar el infierno. No es mi humor el más adecuado para encontrarme en la calle con el hijo de Romano. Le acompaña una mujer, que parece embriagada, porque va colgada literalmente de su cuello. Por sus gestos y atuendo supongo que debe ser una prostituta. Sin duda que se dirigen al Café Central para empezar su jornada habitual, porque debe de levantarse a estas horas. No me cae bien, pero no quiero parecer descortés y me veo obligado a saludarle:

—Buenas noches Raulín... y compañía...

—Oye Marcus —se dirige a mí sin el mínimo respeto por mi edad—, sabes si está todavía mi padre en el Café Central?

—Allí sigue, con el notario y su abogado.

—¡Mierda! ¡No puedo ir ahora, si me ve con esta puta es capaz de desheredarme!

No solo es soberbio y mal educado, sino también mal hablado.

—Bien... que tengáis una buena noche, adiós... —intento deshacerme de él pero me detiene, y me hace una asombrosa propuesta.

—Por qué no te llevas a tu casa esta puta. Está borracha como

una cuba, y no sé ni dónde vive ni ella es capaz de decírmelo. Mañana, cuando esté sobria, te podrá decir dónde vive y la puedes ponerla en un taxi y que la lleve a su cubil. Te pagaré bien el favor... y si te apetece puedes acostarte con ella, ¡que no va a notar la diferencia!

Este monstruo me plantea un difícil dilema. Si no me hago cargo de ella es capaz de abandonarla en cualquier sitio sin tener en cuenta el estado de embriaguez en que se encuentra, pero si me la llevo a mi apartamento no me cabe la menor duda que acarreará algún problema. Noto en la turbia expresión de su cara que ha escuchado y comprendido cuál es su situación, porque se desprende con dificultad del cuello de Raulin y se abraza a mí.

—¡Ahí la tienes, es toda tuya, se ve que le has caído bien!

Introduce un billete en su bolso, y se marcha como si allí no hubiera pasado nada.

—¡Gracias, Marcus, ya te devolveré algún día este favor!

No me queda otra alternativa que llevarla a mi apartamento y hacer que beba medio litro de café bien cargado, y esperar que se despeje y pueda llevarla a su casa esta misma noche.

Enrico, mi médico de cabecera

Los problemas han empezado apenas he podido recostarla sobre mi cama, porque tengo la impresión de que no es sólo alcohol lo que ha bebido, sino que habrá ingerido alguna clase de droga, porque su pulso apenas puedo sentirlo. Me temo que se habrá pasado con la dosis. No puedo quedarme impasible, tengo que hacer algo y con urgencia. Lo único que se me ocurre es llamar a mi médico de cabecera y que la examine. Tal vez tengamos que ingresarla de urgencias en el hospital. Por suerte está en casa y me coge el teléfono.

—¡Sí. Enrico, es urgente! Me temo que ha tomado una sobredosis de alguna droga.

—Marcus, cómo has podido hacer algo así! ¡Yo te creía un hombre sensato...!

—No es lo que piensas, pero ahora no hay tiempo para explicaciones. Ven lo más rápido posible, ¡No vaya a morir en mi casa!

—Estaré allí en veinte minutos. Prepara el baño, porque tendremos que hacerle un lavado de estómago.

Ahora solo puedo esperar, yo no sé cómo debe tratarse a los pacientes en estos casos, ¡Solo soy un tendero!

Aura, mi vecina adivina, para algunos una bruja.

Mi vecina, Aura, ha escuchado el jaleo que hemos armado en la escalera y se ha alarmado. Viene a mi apartamento para saber si me ha sucedido algo y me puede ayudar. Aura es una mujer extraña, pero de absoluta confianza. Se gana la vida echando las cartas y adivinando el porvenir. Tal vez deba pedirle que intente adivinar el mío en estos críticos momentos. Le ha alarmado como a mí el estado de la prostituta, pero ella a visto más allá de su estado físico.

—Esa pobre mujer tiene el alma muy enferma y no tiene ni la energía ni la voluntad de vivir necesaria para superar su estado sin ayuda. ¡Creía conocerte, Marcus, pero veo que me he equivocado; no puedo creer que tengas una doble vida!

—¿Tú también, Aura? Ya sé que es difícil de creer, pero el hijo de Romano me la pasó en la calle cuando volvía del Café Central, porque no quería que su padre le viese con una prostituta.

—¿Y porqué no la acompañó él mismo a su casa?

—¡No sabe dónde vive, ni ella puede decírnoslo! No me quedó otra opción que traerla aquí e intentar reanimarla... Lllaman a la puerta. ¡Gracias a Dios que mi médico ya está aquí.

## Linda, la prostituta rebelde

Su diagnóstico confirma mis sospechas: está intoxicada, pero no solo de alcohol, sino de algo mucho más tóxico. No espera a darme explicaciones y la llevamos al baño donde le hace un lavado de estómago hasta no dejar ni rastro de lo que la estaba envenenando.

—¡Ahora solo podemos esperar que la hayamos llegado a tiempo —me comenta sin ocultar su preocupación—. Hubiera podido morir de una crisis cardiaca si no me hubieras llamado.

—¡Ya presentí yo que me traería problemas!

He pasado una de las peores noches desde el final de la guerra, porque la desconocida mujer que he traído a mi apartamento no parece reaccionar, y permanece en una preocupante seminconsciencia. Mi médico me ha sugerido que le dé frecuentes masajes en los pies, y cuando esté más consciente, impedir que injiera cualquier alimento sólido. He tenido que acomodarme en el pequeño sofá de la sala de estar, y es tal mi cansancio que me he quedado profundamente dormido a pesar de la incomodidad. Pero lo sorprendente es que ha sido ella la que me ha despertado cuando apenas está clareando el día.

—¡Eh, señor, despierte, despierte!

—¡Por el amor de Dios, qué pasa ahora! —me despierto sobresaltado, pero al ver a la mujer levantada y tratando de hablar conmigo, me tranquilizo.

—¡Buenos días, me alegro de verla recuperada! —le digo, todavía somnoliento.

—¿Dónde estoy? ¿Quién es usted? ¿Qué me ha pasado? —pregunta excitada.

—Tranquilícese, ya está a salvo..

—¿A salvo de qué?

—Anoche un amigo suyo me rogó que la trajera a mi apartamento para intentar reanimarla, porque estaba severamente embriagada, y que nos dijera donde vive para llevarla a su casa...

—¿Un amigo mío? ¡Yo no tengo amigos, solo clientes! ¡Pero no puedo recordar quién era el de anoche. Solo recuerdo que me dio un chute de heroína, lo que pasó después ya no lo recuerdo.

—Si se siente con fuerzas, lo mejor es que vuelva a su casa. Su familia estará preocupada por usted...

—¡Yo no tengo familia ni casa, y vivo en un hotelucho de mala muerte. Nadie me echaría de menos si no apareciera más por allí. Y no piense que soy tan tonta de creerme todo lo que me cuenta. Seguramente que usted también abusó de mí cuando estaba borracha!

¿Debería sentir compasión por esta mujer, o, por el contrario, echarla sin más miramientos de mi casa? Ahora comprendo por qué degenerados como Raulín tratan a estas mujeres sin la más mínima humanidad. Destilan odio por todos por todos sus poros de su cuerpo. Los hombres las humillamos y ellas se vengan con un odio infernal hacia nosotros. Si pudieran, harían como la mantis religiosa, nos deborarían después del coito.

—No tengo en consideración su injusta acusación, porque comprendo su estado de ánimo, pero yo tengo mis obligaciones y no puedo ocuparme más de usted. En su bolso hay un billete de su cliente, con el que podrá pagar el taxi y volver a su hotel.

—¡Ya lo entiendo! Las putas solo podemos salir de noche, como las cucarachas. De día salen las esposas y nosotras tenemos que ocultarnos en nuestras sucias habitaciones de hoteles proscritos para la gente decente.

—Lamentablemente es así, pero yo no he creado este mundo, ya estaba así cuando yo nací.

—¡Usted es tan culpable como los demás! ¿Se atrevería a salir ahora mismo a la calle caminando a mi lado? ¡No sea hipócrita, usted tiene sus mismos prejuicios!

—Sí, puede que tengas razón...

—¿Puede? ¿Es que las putas tampoco tenemos derecho a pensar? ¿No ha registrado mi bolso? ¡Tenga, mire lo que hay dentro!

Vacía el contenido de su bolso en el suelo y entre sus objetos

personales está el libro de Aldous Huxley , «Un mundo feliz».

—¿Le sorprende, verdad?

—¡Por supuesto que me sorprende! Mire, yo solo he pretendido ayudarla. Anoche estuvo usted al borde de la muerte. Tuvimos que hacerle un lavado de estómago. Mi responsabilidad termina aquí. Ahora recoja sus cosas y máchese. Tengo que atender mi negocio que a duras penas me permite sobrevivir. Supongo que no querrá perjudicarme.

—¿Y quién le ha dicho que yo quería seguir viviendo?

—¿Pretendía suicidarse?

—¡No, pero no me hubiera importado haber muerto!

—¿En tan poco aprecia usted su vida?

—¡Sabiendo quién soy, su pregunta es estúpida! Las putas no vivimos, sobrevivimos, muchas de nosotras en contra de nuestra voluntad.

—Simpre tienen la posibilidad de buscar un trabajo honrado que tenga para usted otros alicientes.

—¿Es que mi trabajo no es honrado? ¿Para usted qué es ser honrado? ¿Serle fiel a una esposa frígida? ¿Llevar a sus hijos a un colegio religioso? ¿Ver solo dibujos animados en la televisión?

—Mire, no tengo humor ni ganas de responder. Apenas he dormido y tengo que prepararme para atender mi negocio. Para mí también es una cuestión de supervivencia. Hágame un gran favor: recoja sus cosas y váyase.

La ayudo a recoger sus cosas y la acompaño hasta la puerta.

—Adios, ha sido un placer...

—¡No me hable a mi de placer, porque soy yo la especialista!

Consigo que salga de mi apartamento y cierro la puerta aliviado por librarme de ella. Después de una buena ducha espero que me sienta mejor. Pero llaman a la puerta. Debe ser ella. La abro y, ¡en efecto, es ella!

—¿Qué quiere ahora?

—No se altere, que ya me iba. Pero he pensado que ya que me salvó usted la vida, por poco aprecio que tenga por ella, debía



darle las gracias...

—¡Está bien, no hay de qué! ¡Buenos días!

Cierro la puerta sin poder evitar mi enfado. Y ahora a la ducha de cabeza. ¡No, otra vez no! Vuelve a llamar a mi puerta! ¡No podré librarme de ella!

—Esta es la última vez que le abro. Diga rápido lo que tenga que decir y no vuelva más, porque no le abriré!

—Tranquilo, no se sulfure. Solo que he pensado que quién salva la vida a otro, le debe compensar con algo más que las gracias. Aquí le dejo un número de teléfono donde puede localizarme. No le consideraré a usted como un cliente, sino como mi salvador y, si quiere, mi amigo. ¡Seré su amiga puta!

—Está bien, esta bien, pero ahora váyase y no vuelva a llamar. ¡Me lo promete?

—¡Se lo prometo! Pero no debería hacer mucho caso de las promesas de una prostituta!

¡Cierro la puerta y espero haberme librado de ella!

## LA NOVELA

### 1. La inquietante duda

*(Narrador: Marcus)*

Hoy me he equivocado dos veces en los importes de las compras de los clientes. Esa mujer ha conseguido alterar mis nervios. Nunca antes había tenido trato con esta clase de mujeres. ¡Quién podía imaginar que tuviera tan buen juicio! Tal vez lleve razón, y yo sea un rematado hipócrita. Presumo de moralidad porque nunca he tenido verdaderas provocaciones. Es fácil presumir de moralista cuando nunca has tenido oportunidad de ser inmoral. Es cierto que nos olvidamos que estas prostitutas son también personas. No obstante, sigo pensando que no es una profesión digna. ¡Nunca la llamaré!

¿Qué diferencia hay entre Laura y esta mujer? Laura me habla de libros, me llena la cabeza de nuevas ediciones, autores premiados, lecturas interesantes, pero ni una palabra de sexo. Como si fuéramos dos espectros sin cuerpo, solo alma. La otra no habla de libros, solo de sexo, pero consigue despertar mi cuerpo mientras que la otra intenta inútilmente despertar mi alma. Con Laura puedo ir al Café Central sin provocar comentarios o a un concierto de la Filarmónica, sin que llamemos la atención; con la otra solo puedo asistir a clubes de mala reputación o a hoteles burdeles, pero no podemos pasear por el parque, ni acercarnos a los niños para no corromper su inocencia.

¿Por qué una mujer no puede hablarte de libros por el día y de sexo por la noche? ¿Por qué tienen que ser tan excluyentes una cosa con la otra? ¿Es necesario ser una prostituta para hablar de

sexo sin inhibiciones? ¿No puede una prostituta hablarte de libros, ediciones, premiados, etc.? Hasta hoy creía ser un hombre de mundo, una persona de vuelta de todo, que se hace acompañar por una funcionaria bibliotecaria al Café Central, lo que prueba que soy digno de tener una compañera, por el simple hecho de que me acompañe. Mientras otros no deben ser personas normales si no se hacen acompañar de alguien, como sucede a Leonardo. Si Julia se decidiera a ser su compañera, su estatus social pasaría de ser un solitario anormal a una persona acompañada y, por tanto, normal.

Adela, la panadera, ha entrado en mi tienda y parece querer comprar algo, pero no sabe por qué decidirse. Tengo la impresión de que es una excusa para algo que debe estar ocultando.

—¿Te has enterado de la noticia? —me dice sin disimular ya cuál es la verdadera razón de su inesperada visita.

—¿Qué noticia? No he salido de mi tienda en toda la mañana; no estoy al corriente de lo que pasa en el barrio, pero Jacinto me informará cuando pase por aquí a hacer la ronda.

—No es necesario, ya te lo cuento yo. ¡Han detenido a Raulín por un oscuro asunto de drogas! Todos sospechábamos que ese tarambana acabaría en la cárcel por una causa o por otra. Según he oído decir por ahí, están buscando a una mujer de la vida que está también metida en el mismo asunto. ¡Raulín jura y perjura que la droga que le encontraron encima se la había vendido esa perdida!

Intento contenerme y no aparentar mi indignación y asombro. ¡Ese malvado de Raulín no dudará de enviar a esa mujer a la cárcel con tal de salvar su pellejo! Su padre seguro que contratará al mejor abogado de la ciudad y esa mujer no tendrá escapatoria posible. Pero la chismosa Adela no lo ha dicho todo, y continúa chismoseando.

—Por la panadería corren rumores de que esa mujer se escondió en la casa de algún posible compinche que vive en este

barrio, porque vieron como entraba en una de las casa esta misma calle.

¡Mi intuición no me engañó, esa mujer me traería muchos problemas! Tengo que esperar a Jacinto y que me cuente lo que sepa y yo le contaré lo que sucedió realmente la pasada noche. Ese malvado no puede salirse con la suya.

Algún rumor debe correr sobre mí, porque hoy he tenido más clientes que lo habitual, pero solo compran baratijas. ¡Tengo la impresión de que vienen para contemplar de cerca el compinche de una traficante de drogas!

Mis problemas no han hecho más que comenzar. Acaba de llegar Jacinto, pero viene acompañado de dos personas que no son de este barrio, y por la seriedad de su semblante, no creo que vengan a comprar alguna bisutería.

—Marcus, nunca hubiera creído que después de todos estos años de amistad, llegaría un día que tendría que hacer algo así. No sé en qué estás envuelto, pero traigo una orden de detención contra ti. Estos dos compañeros son inspectores de la sección de narcóticos, son ellos quienes han presentado la orden. Por lo visto el hijo de Romano ha declarado que la mujer a la que buscan pasó la noche en tu apartamento...

—¡Jacinto, no crearás tú que yo puedo estar envuelto en algo así...!

—Todas las evidencias están contra ti. Hay otro testigo, el hijo de Adela, que asegura haberte visto abrazado a esa mujer, y que subió contigo a tu apartamento.

—¡Pero tiene una explicación, y el Raulín lo sabe muy bien!

—Lo siento, Marcus, pero eso tendrás que exponerlo ante el juez. Tienes que cerrar la tienda y acompañarnos a la comisaría, donde puedes hacer por escrito tu declaración.

—¿Puedo subir a mi apartamento para coger un abrigo?

—Sí, pero acompañado por uno de estos inspectores. No puedes tocar nada hasta que no hagan un registro.

Subimos a mi apartamento y me encuentro con Aura en el

rellano de la escalera.

—Lo siento Marcus. Todo este embrollo lo había leído en las cartas, pero no quise alarmarte.

Al salir a la calle me encuentro ante una vergonzosa situación. La noticia ha corrido como la pólvora en todo el barrio y creo que no queda un solo vecino que no esté aquí. Encabeza esta espontánea manifestación Guido, pero también veo a Leonardo y Efraín, Laura y Julia, incluso ha venido la joven María, con su padre y el obeso carnicero, Rodolfo. ¿Cuál debe ser la razón de que se hayan reunido tantos vecinos? Los policías no habían previsto esta espontánea demostración y están desbordados. Guido ha podido acercarse a mí y me causa una enorme emoción lo que me dice:

—Marcus, todos los vecinos hemos venido a darte ánimos y demostrarte que estamos contigo, porque sabemos que eres inocente. No creemos una palabra de ese sinvergüenza de Raulín, a quién esperamos que lo pongan entre rejas por una larga temporada. Nos quedaremos aquí hasta que te veamos salir en libertad y sin cargos. La buena gente de este barrio te aprecia y reconoce tu honestidad, ¡No consentiremos que se cometa este atropello!

—¡No sé si lo merezco, pero nunca terminamos de conocer a nuestros vecinos! Hay veces que te sientes ignorado, porque todos tenemos nuestras preocupaciones, pero a la hora de la verdad veo que no es solo un barrio, sino una comunidad unida y que no tolera las injusticias.

—Esta demostración de solidaridad espontánea tiene mas valor que las leyes escritas —me comenta Guido.

La comisaría del barrio está a pocos metros de allí, y la multitud nos sigue hasta la misma entrada. Parece que están decididos a no marcharse hasta que me vean salir de la comisaría libre de cargos. Pero falta un testigo fundamental para demostrar mi inocencia, mi médico de cabecera. Su teléfono no contesta. Tal vez esté en el hospital de la ciudad, o atendiendo algún enfermo

fuera del barrio.

Conozco al comisario y sale a mi encuentro con una clara expresión de desolación.

—Creemé, Marcus, que siento que te veas envuelto en este feo asunto, pero los de narcóticos son muy estrictos. No hemos podido anular tu orden de detención! Pero, ¿qué es toda esta gente?

Guido se adelanta hasta donde está el confundido comisario.

—Guido, ¿qué significa todo este alboroto? ¡No quiero tumultos enfrente de mi comisaria!

—Inspector, estamos apoyando la inocencia de Marcus, y no nos iremos de aquí hasta que no le veamos salir libre de cargos.

—Eso no depende de mí, sino del juez instructor.

—Pues hable con él y trasmítale nuestra demanda.

—Marcus, este es un feo asunto y deberían disolverse, pero hablaré con el juez y tal vez consiga que te tomen declaración sin que haya cargos. ¿Qué sabes de la fulana que estamos buscando?

Sé que es un delito ocultar información en un caso como éste, pero yo creo que no mentía y ella fue víctima de Raulín. No; aunque me condeno, no les daré el número de teléfono.

—No tengo ni la menor idea de quién era esa mujer. Solo que sé que se apodaba Linda. Pero parece que es su nombre profesional.

—Si diéramos con ella todo se podría aclarar, no podemos negar la declaración del chico de Romano sin tener pruebas de que miente.

—Mi médico de cabecera podría testificar que la mujer había sido intoxicada. Ningún traficante de drogas llegaría a esos extremos. Francamente, yo creo que ella fue la víctima no la culpable.

Creo que el comisario sospecha que estoy tratando de encubriarla, porque todos los policías tienen un sexto sentido para leer el mínimo gesto delatador del rostro.

—Marcus, ¡no la estarás encubriendo!

—¿Por qué razón debía hacerlo? No la conozco ni es amiga o familiar. ¡No tengo ninguna razón para encubrirla!

—Está bien, hablaré con el juez.

Afortunadamente mi médico de cabecera está en camino de la comisaría. Estaba en el hospital asistiendo a la autopsia de uno de sus pacientes fallecidos. Su testimonio ha sido fundamental para exculparme, y después de los trámites de rigor, salgo de la comisaría libres de cargos. Raulín tiene una nueva acusación por perjurio. Me temo que no se librará de la cárcel fácilmente.

Cuando aparezco por la puerta de la comisaría y les informo que no hay cargos contra mí, mis vecinos responden con un largo y caluroso aplauso y todos quieren estrechar mi mano, cómo si yo fuese un héroe. Leopoldo me recita su eslogan favorito:

—¡El pueblo unido, jamás será vencido! —Y creo que tiene razón.

## 2. La separación

*(Narradora: Julia)*

He pasado momentos muy angustiosos. ¡No podía creer que Marcus estuviera envuelto en un delito de drogas! Pero ¿qué hacía una prostituta en su apartamento? Nunca se ha mostrado un hombre tan fogoso como para recurrir a una mujer de la calle y, además, drogadicta, al menos conmigo no lo aparenta. Tal vez, como casi todos los hombres, tenga una doble vida.

Desde luego yo no tengo ningún derecho a juzgar su comportamiento, sólo somos amigos, ¡ni siquiera amantes! Pero nunca se ha insinuado... tal vez yo no tenga ningún atractivo para él. Después de este desagradable suceso creo que debemos aclarar las cosas y saber si nuestra relación de amistad prevalecerá sobre la sexual, que debía tener con esa mujer. Pero, ¿cómo saberlo? Si fue él quién la invitó a su apartamento, nuestra relación habrá terminado. No es por celos, es por sentido común. No puede

tener una amiga por el día y una amante distinta por la noche.

Yo también le he apoyado y creo que es inocente, por eso estoy aquí, pero es imposible mantener una relación de amistad con alguien que mientras te acompaña y pasea a tu lado, piensa cómo pasará la noche con su amante prostituta. ¡Sería el hazmerreir del barrio! Soy una funcionaria con una gran responsabilidad, y cuidar mi imagen es fundamental. ¿Cómo podría hacer bien mi trabajo escuchando los murmullos de mis lectores con las andanzas eróticas nocturnas de mi amigo? No, siento una gran tristeza y desconsuelo, ¡pero esta relación debe terminar!

Se acerca a mí después de librarse de las muestras de afecto de los que le hemos apoyado. No sospecha mi decisión de poner fin a nuestra relación.

—Gracias por venir tú también, Julia, todavía estoy conmocionado por esta impresionante muestra de afecto y solidaridad. Necesito urgentemente una cerveza bien fría. Vamos al Café Central. Supongo que también tú estarás cansada, lo veo en la expresión de tu rostro. Te noto ausente... ¿Te sucede algo?

Guido se ha unido a nosotros y no puedo responderle ahora. Esperaré a que volvamos a estar solos. Acepto acompañarle a tomar su cerveza, pero no siento que me acompaña la misma persona de hace solo 24 horas.

—Ha sido impresionante como ha reaccionado el barrio — comenta Guido rebosante de satisfacción, porque en cierta manera él ha sido el líder de esta rebelión.

Adela se acerca a nosotros mostrándose arrepentida, y se dirige a Marcus:

—Marcus, no pienses que yo quería perjudicarte. Nos conocemos desde que eramos niños, y sé que eres una persona honrada, pero mi chico hizo lo que debía hacer. Él contó lo que había visto, nada más, y era su obligación decírselo a la policía. La verdad es que ni yo misma me lo creía. «¿El honrado Marcus metido en asuntos de drogas? ¡Imposible!» Eso les dije yo a los que trajeron la noticia a la panadería.



—Olvidalo, Adela, y dile a tu hijo que no le guardo rencor...

—¡Díselo tú mismo, que también ha venido a apoyarte!

El hijo de Adela, Lucio, no le sienta bien el nombre, porque no es precisamente un superdotado. Sin duda que ha debido heredar la simpleza de la madre, porque el padre es un gran aficionado a la filosofía, aunque de Platón o Aristóteles solo sabe que eran griegos. Su filosofía la concibe horneando el pan, por eso es tan calurosa, pero nada razonable.

Se acerca a nosotros con la cabeza baja y titubeando. Marcus le levanta el ánimo.

—Lucio, no tienes porqué sentirte culpable, solo has hecho lo que debe hacer un ciudadano responsable.

—Pero le he metido en un buen lío...

—¡Bien está lo que bien acaba! Olvida lo que ha sucedido. Yo sigo siendo tu amigo.

Marcus le da unas palmadas amistosas en el hombro que le reconforta y se reúne con la madre, que se ha unido con un grupo de sus clientas, y supongo que deben estar intercambiando nuevos chismes.

En el Café Central el ambiente debe estar muy cargado, porque Raulín tiene también sus partidarios, y la noticia de la liberación de Marcus no habrá caído nada bien. Por supuesto que el padre debe estar indignado, pero nos dicen que no está en el café, porque está tratando el caso de su hijo con el bufete de los abogados más prestigiosos de la ciudad. Creo que no es prudente entrar hoy en el local, hay otros lugares donde podemos beber la cerveza con más tranquilidad.

—¡Yo no entro aquí, Marcus, el ambiente está muy cargado; vámonos a otro sitio! —le sugiero porque estoy realmente asustada.

—No estés preocupada, sus amigos no se atreverán a empeorar más las cosas de lo que ya están para Raulín. De todas formas unos meses entre rejas tal vez le hagan recapacitar sobre las consecuencias de su mal comportamiento. Creo que estaba necesitando algo así.

El local está prácticamente vacío. Solo hay un pequeño grupo de jóvenes, que deben ser colegas de Raulín. Al vernos entrar, reaccionan y murmuran algo entre ellos. No nos miran muy amistosamente. Nos sentamos en nuestra mesa habitual, pero no acude ningún camarero a servirnos.

—¡Vámonos de aquí, Marcus, nadie vendrá a servirnos!

Uno de los jóvenes del grupo se acerca a nosotros, y nos dice con un tono desafiante:

—El café va a cerrar, ya no se sirven bebidas.

—Solo son la siete de la tarde, ¿por qué cierran hoy tan temprano?

—Será mejor que se vayan —insiste, cada vez más desafiante.

—¿Por qué razón debemos de irnos? —insiste Marcus sin atemorizarse, pero yo sí estoy intranquila.

—¡Porque lo mando yo, coño! —y da un fuerte puñetazo sobre la mesa. Los otros jóvenes están pendientes de lo que está pasando, supongo que esperando intervenir si fuera necesario.

—¡Esa no es una razón! —contesta Marcus también en todo desafiante.

—¿Quiere que le demos otra razón..? —y vuelve su mirada hacia el grupo de jóvenes, que parecen entender el gesto.

Afortunadamente en este momento entra Ignacio en el café, porque ha debido ser avisado por alguno de los que nos acompañaron.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Qué son esos golpes?

—No pasa nada, Ignacio, solo que este joven se disponía a servirnos unas cervezas, porque el camarero se ha ausentado, pero antes ha querido limpiar nuestra mesa con algo más de energía de la necesaria.

El agresivo joven hace un gesto de fastidio, pero no se atreve a desmentirle. El camarero se adelanta y trae las cervezas.

—¡Disculpen señores! ¡Cervezas, como siempre!

El pobre muchacho debía haber sido intimidado por los jóvenes para que no nos sirviera:

—¡Ah, ya ha vuelto el camarero! —comenta Marcus en tono sarcástico.

El joven violento se reúne con los otros y murmuran algo entre ellos. No nos dejarán beber tranquilos nuestras cervezas.

No permanecemos mucho tiempo en el café. Cuando salimos nos cruzamos en la puerta con Romano. Al ver a Marcus su indignación le hace exclamar una amenaza sin preocuparse por las consecuencias.

—¡Si mi hijo va la cárcel por culpa suya, su vida no valdrá un céntimo!

—¿Me está amenazando de muerte? —le contesta Marco sin perder la calma.

—No he dicho tal cosa, pero se arrepentirá de haber metido a mi hijo en las drogas. A mí no me engaña. ¡Usted y esa fulana han perdido a mi hijo, y lo pagarán caro!

—¡Su hijo miente, y merece ser castigado. Las pruebas en su contra son abrumadoras. ¡No tiene una buena reputación, todo el barrio testificaría en su contra, porque a todos les ha hecho algún daño! —replica Marcus seguro de su censura.

—El barrio también pagará por esto. He sido demasiado generoso. ¡Ahora van a comprobar cuál es el precio por defender un traficante de drogas y condenar a un joven inocente!

Romano parece estar tramando su venganza, no solo contra Marcus sino también contra el barrio y, por desgracia, puede hacer mucho daño, porque es el propietario de numerosas viviendas y pequeños comercios.

—Me temo que si este usurero planea vengarse, a partir de ahora la vida en el barrio se va a ser muy complicada —comento con Marcus convencida de que se avecinan graves sucesos.

Guido se ha despedido de nosotros y, por fin, estamos solos. Es el momento apropiado para hablar del estado de nuestras relaciones.

—Marcus, hay algo que deseo comentarte, pero no sé por dónde empezar...

—¿Tan grave es lo que tienes que decirme?

—Es sobre nuestra relación.

—¿Qué sucede con nuestra relación?

—Que no es muy interesante y creo que tú piensas igual que yo. Si has tenido que recurrir a los servicios de una prostituta, es porque necesitas algo más que una amiga que te acompañe a tomar unas cervezas al Café Central.

—¿También tú crees que yo invité a esa mujer a mi apartamento?

—Es difícil de creer tu versión de lo que sucedió.

—Entonces, ¿no crees en mi inocencia?

—Creo que tú no eres un traficante de drogas, pero si creo que conmigo tratas de aparentar un hombre que no necesita mantener relaciones sexuales con una mujer, lo que creo que no es cierto.

—Julia, me sorprende que te hayas formado esa opinión sobre mí, pero tal vez llesves razón. Yo no invité a esa mujer, pero yo ayudé a mi médico a desnudarla y sentí deseos de poseerla, y tal vez lo hubiera hecho de no haber sido por el estado en que se encontraba.

—Entonces ¿no me he equivocado!

—No; no te has equivocado. ¿Era eso lo que querías saber?

—Marcus, tenemos que finalizar esta relación, ahora no podré estar segura de que no vayas en busca de esa mujer..

—Lo he pensado algunas veces. Sí, tal vez sea lo mejor.

—¿Qué te atrae de ella, si lo puedo saber?

—Su sinceridad y su sensualidad natural.

—Sé que no debería hacerte esta pregunta, porque no serás sincero en tu respuesta, pero me gustaría saber por qué no me encuentras atractiva. Nunca me has insinuado que me deseabas. Hasta llegué a pensar que no te atraían las mujeres. ¡No soy tan fea, aunque ya no sea una jovencita!

—Julia, eres una mujer inteligente, buena compañera y, desde luego, que no eres fea, pero para mi te falta algo esencial: ¡comportarte como una mujer!

—¿Qué quieres decir con «comportarte como una mujer»?

—Si la naturaleza ha creado dos sexos es para que cada uno tenga una diferente función. Los hombres no tenemos como naturaleza nada en común con las mujeres, y es precisamente de esas diferencias de donde surge la atracción. Nos atraen las diferencias, no las similitudes. Si un hombre y una mujer comparten las mismas ideas y los mismos gustos no hay razón para la atracción, solo para la amistad. Dos polos similares se repelen; dos distintos se atraen. Hasta la física se puede aplicar este axioma.

—Y esa mujer no comparte nada contigo...

—¡No tenemos nada en común, por eso me atrae!

—Pero en ese caso, no es posible la amistad entre un hombre y una mujer.

—Como hombre y mujer es imposible la amistad, pero si pueden ser amigos como personas. Pero son los hombres y las mujeres los que hacen el amor, no las personas.

—¡Comprendo... Me consideras una persona, pero no una mujer!

—¡Esa es la razón!

—Yo creía que los hombres buscaban un alma gemela.

—Sí, pero del lado opuesto

—Te agradezco tu sinceridad, pero me duele tu opinión sobre mí. Yo creía que valorabas precisamente lo que tenemos en común. ¿Cómo se puede vivir con alguien con quién solo puedes hablar de sexualidad, y no puedes considerarla tu amiga? ¡No lo entiendo!

—Míralo de esta otra forma: ¿Cómo vivir con una persona que solo habla de libros y no puedes considerarla una mujer?

—¡Quieres decir que esa soy yo!

—Me has preguntado y esta es mi respuesta.

—¿Y por qué no me lo habías dicho antes? ¡Me siento engañada y humillada!

—Tampoco tú me lo habías preguntado antes.

—¿Ha sido esa mujer la que te ha hecho cambiar?

—Me ha permitido verlo todo más claro.

—Entonces, adiós, Marcus, no es necesario que me acompañes. Han sido unos meses gratos que te agradezco... No; no me verás llorar, pero todos los finales duelen. ¡Que tengas suerte con tu prostituta!

No lloro por el fin de nuestra relación, sino por la dureza de sus opiniones sobre mí. Pero nunca es tarde para aprender una dolorosa lección.

### 3. La venganza

*(Narrador: Romano, el usurero)*

He sido muy generoso con la gente desagradecida de este barrio. Si prefieren ese tendero impertinente a mí, empezaré por exigir todos los atrasos en los alquileres, y quien no pueda pagarlos irá a la calle. Tengo mucho trabajo para mi abogado, pero él conoce perfectamente su oficio y sabe manejar a estos desgraciados.

Nos encontramos en el Café Central.

—Se acabaron los atrasos, Rufo, los que no puedan pagar los desahuciamos. Prefiero tener los pisos vacíos a ocupados por morosos. Empieza por el barbero, ¡ya es hora de que se jubile! Y sobre esa engréida de María, mi hijo debe haber perdido la cabeza si se interesa por una muerta de hambre pudiendo tener todas las mujeres que quiera, y de buena familia. Pero por culpa del bisuterero drogadicto mi hijo tendrá una mancha en su reputación si no consigo que retiren los cargos.

Mi abogado parece tener las ideas muy claras.

—No hay nada que no se pueda comprar con dinero, solo hay que encontrar la persona adecuada y ofrecerle la cantidad adecuada. Todas las leyes tienen una puerta trasera, por la que se puede entrar y salir sin ser vistos.

—Pues ya puedes dar con esa puerta trasera que salve a mi hijo de la cárcel.

—¡Lo haré! Pero tenemos que buscar una culpable y conseguir algún testigo que la inculpe.

—Para testigo de cargo creo que tengo un buen candidato, ¡no podrá negarse!

—¿En quién estás pensando?

—¡En el peluquero! Me debe seis meses de alquiler y puedo perdonarle su deuda a cambio de este favor. ¡Si se niega lo desahucio!

—No será difícil declarar que, no solo le ofreció drogas a él, sino a muchos de sus clientes. Con su declaración podremos conseguir que el juez emita una orden de busca y captura de esa prostituta.

—Pero no sabemos mucho sobre ella, tan solo la descripción que hizo el hijo de Adela...

—Sabemos algo más por el mismo Raulín: las calles donde suele trabajar, y las putas no suelen cambiar sus lugares de trabajo..

—¡Salva a mi hijo y te prometo que tendrás unas vacaciones de ensueño!

—¡Descuida, lo salvaré! Hoy mismo hablaré con el peluquero. Pero necesitaré algún tiempo

—Tómame el tiempo que necesites, pero traemé a mi hijo tan inocente como se lo llevaron.

—Y por el mismo precio, sacaremos una prostituta de la calle y la pondremos entre rejas, ¡que es donde tiene que estar!

#### **4. Linda**

*(Narrador: Marcus)*

Creo que he sido demasiado severo con Julia, después de todo

yo soy el culpable de que nuestra relación careciera de interés. Julia es una mujer, y vivimos dominados por una moralidad en que los hombres seguimos teniendo la iniciativa en la conquista, hasta someter sus voluntades y que podamos hacer realidad todas nuestras fantasías sexuales. Eso debe ser lo que me atrae de Linda, tener la convicción de que puedo satisfacer todas mis pasiones. Ella misma se ofreció a ser «¡mi amiga puta!». No pudo ser más clara. ¿Acabará llamándola? ¿Y qué será de mi reputación? Ella no oculta su profesión. Por su provocativa forma de vestir, todos sabrán que es una puta, y además drogadicta. ¿Me atrevería a entrar con ella en el Café Central? ¿Sería capaz de asistir con ella a un Concierto de la Filarmónica, o a la Ópera? ¡Sí, ella puso el dedo en la llaga: yo soy tan culpable como los demás! Un soberano hipócrita, que se ha ganado su reputación por no tener relaciones con prostitutas y hacerse acompañar por la respetable bibliotecaria del barrio.

Después de todos estos extraordinarios sucesos, regreso a mi apartamento sumido en una gran confusión. A mis años todas mis convicciones morales se tambalean y necesito meditar sobre todo esto y encontrar una respuesta justa y razonable. En la escalera me he encontrado con Aura. Ella también está conmocionada por los sucesos.

—Ha sido conmovedora la manifestación de solidaridad del barrio contigo. ¿Cómo se encuentra la joven intoxicada? ¿Sigue en tu apartamento?

—No, se recuperó y se ha marchado. Aura, tu eres adivina, tal vez deberías echarme las cartas y me sacarías de dudas sobre mi futuro.

—¿Qué te inquieta? —Aura debe leer mis pensamientos, por algo se gana la vida leyendo nuestro futuro en su mágica bola de cristal—. ¿Es algo que tenga que ver con esa mujer?

—Para mi desconcierto y confusión, ¡así es! ¿Sabes que es una prostituta?

—¡Por supuesto! ¿Y eso te inquieta? ¡Te has enamorado de una



puta, y no sabes qué hacer: si olvidarte de ella o ir en su busca...

—¡Los que dicen que eres una bruja tienen razón! La deseo, pero a mi edad no puede ser amor; ya desconozco el significado de esa palabra.

—No creo ni una palabra de lo que me dices —Aura también descubre mi hipocresía—. ¿Por qué te avergüenza reconocer que estás enamorado? ¿Cuánto más viejos nos hacemos más necesitamos amar y ser amados, pero sólo unos pocos privilegiados lo encuentran, el resto acaban sus días sin dejar de añorarlo. ¿Qué otro significado tiene tu turbación? ¡No seas estúpido, corre en busca de tu amiga puta, porque ella te espera!

—¿Lo has leído en tu bola de cristal?

—Lo leí en la forma en que la mirabas cuando yacía en tu cama. ¡Entonces te diste cuenta de que ya no volverías a conciliar tu sueño sin su compañía. Solo descubriste que la vida sin una mujer en tu cama es una forma de muerte en vida. ¡La mayoría vivimos como zombis! La providencia quiere salvarte de ese horrible estado, ¡no le des la espalda!

Noto en su profunda y misteriosa mirada la sabiduría que no puede aprenderse en los libros. Su entendimiento le viene directamente de algún lugar del cosmos donde están escritos nuestros destinos. Sí, ella me ha convencido; iré en su búsqueda y soportaré el rechazo moral de esos vecinos que hoy me mostraban su afecto, pero que no será suficiente para justificar mi elección. Todos defenderán y compadecerán a la despreciada bibliotecaria.

—¿Y qué será de mi reputación? Incluso perderé muchos de mis escasos clientes y puede que me vea obligado a cerrar la bisutería. ¿Y cómo me ganaré la vida?

—Solo perderás unos pocos clientes, pero ganarás otros que aprobarán tu valentía si no te ocultas.

—Y ella, ¿abandonará su profesión? Probablemente sea mucho más rentable que la mía.

—No conozco ninguna prostituta que ejerza su profesión por vocación. La mayoría la abandonarían si tuvieran oportunidad de

ganarse la vida de otra forma y tuvieran alguien honesto a su lado que las ayudara.

—Yo supe desde aquella noche en que apenas podía mantenerse pie y se abrazó a mí, que mi vida sufriría un impredecible vuelco. ¡Hasta el olor de su piel era nuevo para mí!

Aura permanece en un pensativo silencio. Tengo la impresión de que mis apasionadas declaraciones le afectan por alguna razón.

—Marcus, sé como te sientes. Tú sabes que yo suelo hacer alardes de mi soltería, y debes creer que soy una bruja adivina sin sentimientos. Pero, aunque me cueste aceptarlo, no es toda la verdad. Me gustaría estar en tu lugar y reunirme con alguien a quién por mi honradez y sentido del deber, hubiera salvado la vida. Unirse a un hombre o a una mujer solo por amor no es suficiente, tiene que haber otras razones más poderosas y, sobre todo, generosas. Es necesario que el amor sea el fruto de algún sacrificio; algo que agradecer. Y yo no he tenido tu suerte y la oportunidad de hacer algo por alguien para merecer su sincero amor. Esa puta amiga tuya, sabe que le has salvado la vida y, por muy poco que la aprecie, es una razón suficiente para entregarse a ti sin reservas...

Aura me ha abierto su corazón, y me apena lo que escucho.

## **5. La historia de Aura**

*(Narradora: Aura, la adivina)*

—Yo no soy soltera: ¡Estoy divorciada de dos maridos!

Hoy debe ser el día señalado para las confidencias. Aura parece necesitar confiar en alguien los secretos de su pasado. Puede que no sean muy gratos y le pesen en la conciencia. Pero no podemos seguir hablando en la escalera. La invito a mi apartamento y preparo dos tazas de reconfortante té. Aura es mi vecina desde hace más de cinco años, y aunque siempre hemos mantenido relaciones cordiales, nunca antes nos habíamos hecho esta clase

de confidencias.

He visto entrar en su apartamento personas de todas las edades y posición social. Creo que entre sus clientes habituales hay importantes ejecutivos de renombradas empresas, quienes al parecer creen en sus predicciones sobre sus negocios. También he visto salir de su casa a Efraín, y creo que la visitan con regularidad otros políticos de cierto nivel. Pero nunca la he visto acompañada de alguien que pudiera ser su pareja habitual. Aura sale poco y desde luego no es asidua del Café Central.

—No fui muy afortunada en la elección de mis dos maridos. — bebe un sorbo de té y fija su melancólica mirada en la taza, todavía humeante, como si fuera su prodigiosa bola de cristal, y viera a sus dos ex—maridos.

Hay algo que nunca me he atrevido a preguntarle, y tal vez hoy sea el día adecuado.

—Aura, ¿realmente tienes poderes de adivinación? ¿Puedes predecir el futuro? —me sonrío, porque hace tiempo que esperaba que le hiciera esa pregunta.

—Lo tengo, pero solo en situaciones extremas. Normalmente mis clientes son muy ingenuos y les predigo lo que es más probable que pueda sucederles, después de hacerles responder a preguntas sobre su personalidad, gustos, fobias, ilusiones, proyectos, etc., Pero desde que era una niña sufro de visiones premonitorias cuando estoy bajo gran presión emocional. La mayoría de las visiones son premoniciones de muertes, accidentes y graves sucesos de personas a las que conozco o tengo algún contacto con ellas. Anoche presentí la crisis de tu amiga y de no haber venido tu médico a tiempo, ya estaría muerta.

—¿Y que viste?

—Vi la horrible imagen de la muerte acercarse a su cama y forcejear con ella para arrancarle la vida, pero apareciste tú y conseguiste ahuyentarla. ¡Tú le salvaste la vida!

Nuevo silencio. Parece estar sumida en turbios pensamientos, mientras apura su taza de té. Suspira como tratando de aliviarse

de ellos y continúa:

—¡Esas visiones han arruinado mi vida! Mi primer marido fue un capricho de juventud. Apenas había cumplido diez y ocho años y me enamoré locamente de un sinvergüenza. El mismo día de mi boda me fue infiel. Mi padre había muerto unos meses antes y heredé una pequeña fortuna, que dilapidó en menos de seis meses. Después desapareció y un año más tarde reapareció para pedirme el divorcio. Por supuesto que se lo concedí, porque para entonces yo tenía un nuevo amante, un hombre maduro que me doblaba la edad y que podía ser mi difunto padre, pero después de mi experiencia de mi matrimonio anterior, me sentía más segura y protegida, y acepté su proposición de matrimonio. En realidad no tenía opción; además de mi amante, era mi protector, porque yo estaba arruinada y no tenía ningún medio de ganarme la vida.

Nunca pude imaginar que Aura tuviera un pasado tan activo. Tras un nuevo y breve silencio, continúa su historia:

—A pesar de las diferencias de edad nuestra relación era aceptable. Yo no estaba enamorada de él, pero si agradecida, y para mí ya era suficiente. Pero dos años después sobrevino la desgracia. Por entonces yo había dado a luz a Darío, mi único hijo...

Se ha detenido y parece muy afectada. ¡No sabía que tenía un hijo! Suspira con enorme tristeza y prosigue:

—Mi marido era un reputado arquitecto, y supervisaba varios de sus proyectos. Una mañana tuve una terrible visión: vi como cedía el andamio donde se encontraba y se precipitaba al vacío, muriendo en el acto al estrellarse contra el suelo. No quise alarmarle, porque él no sabía que tenía estas visiones, pero le rogué que no acudiera ese día al trabajo. No sabía como retenerlo, y solo se me ocurrió fingir una súbita dolencia. Pero él insistió en que era imprescindible su presencia en las obras o se paralizarían todos los trabajos y llamó a su anciana madre para que cuidara de mí en su ausencia.

Yo tenía buenas relaciones con mi suegra y le confié la causa de mis temores y cómo había tenido la premonición de su accidente, para que insistiera en disuadirle de acudir a su trabajo. Pero él insistió... ¡y sufrió el fatal accidente que yo había predicho! Cuando su familia supo que yo había tenido la visión de su muerte, me acusaron de habérsela causado yo con algún conjuro de magia negra y consiguieron anular mis derechos de herencia, además de quitarme la custodia de mi hijo, ¡a quien no he vuelto a ver desde entonces! Ellos estaban convencidos de que yo en realidad ¡era una bruja! Y aquí estoy, ¡ganándome la vida con lo que me la ha destruido!

Su historia me ha sobrecogido. ¡Nunca terminas de conocer a las personas aunque pases toda una vida junto a ellas!

## 6. El perjurio

*(Narrador: Rufo, el abogado)*

Creo que estoy necesitando un corte de pelo. Es hora de visitar el barbero. También necesito unas merecidas vacaciones, pleitear con esta gente es agotador, ¡no hay manera de que acaten las leyes!

Ya es medio día y en esta peluquería no parece que haya entrado ningún cliente, no tendría forma de pagar los atrasos y si quiere conservarla tendrá que aceptar nuestra propuesta. Cuando entro en este desolado negocio coincido con su hija, María, y no me extraña que sean tantos los que pierdan la cabeza por ella, tal vez podríamos incluirla en el trato. ¡No me importaría ser uno de sus candidatos! Sé que no le soy simpático, porque cuando me ha visto ha hecho un desagradable gesto y ni siquiera me ha saludado. ¡Habrá que rebajarle los humos a esta belleza!

—Buenos días, María, ¡parece que no te alegra verme!

—¿Qué quiere usted? ¿Por qué viene a nuestra peluquería? ¿Es por los atrasos?

—No te alteres, pequeña, puede que venga para haceros un

favor... Necesito un corte de pelo. ¡No le vendrá mal un cliente generoso!

—Si solo viene a cortarse el pelo, mi padre le atenderá enseguida.

—Sí, ¡no creo que en esta peluquería haya que pedir la vez!

—Bueno, adiós, tengo cosas que hacer.

—Adiós, guapísima. Si fueras menos orgullosa, pronto se solucionarían todos vuestros problemas.

Creo que ha entendido la indirecta, pero se va airada sin responderme.

El peluquero no parece muy atareado, cuando entro en el local lo encuentro sentado en su sillón de barbero leyendo la prensa, y no parece que me reciba mejor que su hija.

—Buenos días Jonás, no pareces muy atareado. ¿Trae hoy la prensa buenas noticias? ¿Ha empezado alguna nueva guerra en el mundo? ¿Suben o bajan las cotizaciones de la bolsa?

—Buenos días... ¿A qué se debe su visita?

Es evidente que espera que le haga saber la razón de mi inesperada visita.

—No te alarmes, Jonás, que solo vengo a que me arregles estos cuatro cabellos que todavía me quedan.

—Si es por el retraso en los alquileres...

—Ya hablaremos de ese penoso asunto, pero antes córtame el pelo.

Es evidente que sospecha que mi visita no es para arreglarme el cabello, pero me hace acomodarse en el sillón y se pone manos a la obra. Apenas si tendrá mucho trabajo, porque tan solo me quedan cuatro pelos en la cabeza. El sabe que mi visita tiene otra intención. Así es que voy al grano con la propuesta;

—Jonás, tengo que comentarte un penoso asunto. Se trata de Raulín, que como sabes está bajo arresto acusado injustamente de posesión y tráfico de drogas... Tú eres padre y sabes lo penoso que puede ser ver a su hijo inocente en una situación como esta. ¡Y todo por culpa de una prostituta! Tengo entendido que

también a ti y a algunos de tus clientes, les ofreció drogas...

—¡Eso es una calumnia! ¡Nadie me ha ofrecido drogas y dudo que se las ofrecieran a mis clientes!

Es evidente que tendré que ser más claro para que lo entienda.

—Tienes una peluquería muy aseada. María debe ser una chica muy limpia. Incluso veo que tienes un bonito jarrón con flores frescas, que deben costar dinero.

—¡Es un regalo de Margarita! Pero no creo que eso te importe...

—¡Ah, la generosa y valiente Margarita, y su encantadora hija! ¿Crees que terminará casándose con nuestro apreciado policía, Jacinto? ¡Esa criatura necesita un apellido!

—¡No me vengas con rodeos y dime a qué has venido! Si es por los atrasos...

—Hombre, ya que lo mencionas, si estuvieras dispuesto a colaborar con la justicia, seguro que Romano te lo agradecería con su habitual generosidad. Supongo que a este acogedor rincón debes tenerle mucho aprecio. Y por supuesto es una gran comodidad tener la vivienda justo encima del negocio. ¡No puedes ni imaginarte lo difícil que es encontrar una vivienda como la tuya en este barrio!

—¡Qué estás insinuando! ¡Qué cometa perjurio y declare en contra de esa mujer!

—Yo no he dicho tal cosa, pero debes comprender que seis meses es una considerable deuda, y con la moda de los jóvenes de dejarse el pelo largo, cada vez tendrás menos clientes.

—¿Me estás amenazando con desahuciarme?

—¡Solo es una mujerzuela! ¡Tu negocio vale más que ella! Esas mujeres no deberían estar en las calles contagiando enfermedades a la gente honrada. ¡Estamos más seguros si están entre rejas!

—¿Por qué no hablas claro y me dices lo que quieres que haga, y las consecuencias si no lo hago?

—¿Más claro todavía? ¡Soy un abogado; no puedo hablar más claro, pero creo que tú lo has comprendido sin que tenga que darte más explicaciones. Creo, Jonás, que ya me cortado suficiente

los pocos cabellos que me quedan, y tengo mil cosas que hacer. Llámame a mi despacho cuando tengas una respuesta.

## 7. Rodolfito

*(Narrador, Rodolfo, el carnicero)*

Todo el barrio está revolucionado porque mi Rodolfito dará mañana un concierto que se transmitirá por la televisión. Somos pocos los que tenemos receptores, pero el Café Central tiene uno del modelo más reciente y podrán ver y escuchar allí el concierto. También lo transmitirán por la radio. Dios nos ha bendecido con este hijo, que es nuestro orgullo de padres. Todos nuestros clientes nos felicitan y no dejan de hacer halagos de nuestro hijo.

—Buenos días Rodolfo. ¡Tu Rodolfito es el orgullo del barrio! ¿Cómo habéis podido engendrar una criatura tan inteligente?

—Son cosas de Dios, creo yo. Él nos ha bendecido.

Hoy mi mujer no puede ocultar su orgullo de madre y no puede concentrarse en el trabajo. Ha estado muy ocupada eligiendo la ropa que llevará para su actuación. Rodolfito no está de acuerdo con la que le ha elegido, porque dice que es demasiado aparatosa y le impide los movimientos, pero su madre insiste en que debe dar la imagen de un niño de buena familia, y que ella entiende cómo debe ser la ropa.

Gracias a nuestro hijo, tenemos nuevos clientes, y todos quieren conocerle y felicitarle, pero Rodolfito no quiere aparecer por la carnicería, para no perder la concentración. Se merece lo que le sucede, porque ha trabajado mucho para conseguirlo.

Acaba de entrar en la carnicería Margarita con su encantadora hija Luisa. No me importaría algún día ser su suegro. Creo que harían una magnífica pareja.

—Buenos días Luisa, ¡Ya te ha dicho tu mamá que mi Rodolfito saldrá mañana por la televisión?



—¡Ya lo sabía, me lo dijo Rodolfito ayer en el recreo!

—¿Así es que sois amiguitos?

—¡Oh, sí; es muy simpático y me hace reír!

Margarita parece aprobar que sean amigos. ¡Lástima que Luisa no tenga un padre reconocido!

—Luisa me cuenta maravillas de tu hijo. Dice que en el colegio es una figura.

—No lo creas, Margarita, muchos niños no les cae simpático. ¡Le hacen mil perrerías! Muchos días ha llegado a casa llorando porque los compañeros le rompen los lápices de colores, o el quitan y le esconden el gorro. Suerte que tu hija es su amiga.

—¡Es la envidia, Rodolfo. Los niños pueden ser muy crueles! Mi Luisa también sufrió mucho el primer año por lo que tú ya sabes.

—Sí, ya entiendo...

—Pero yo creo que este rechazo les fortalece el carácter.

—Tengo una idea. ¿Por qué no venís con nosotros a los estudios de la televisión? ¿Rodolfito estaría muy contento de ver a Luisa entre el público!

Luisa parece entusiasmada con mi propuesta.

—¡Sí, mami; dile que sí!

—Está bien, Luisa, les acompañaremos y le daremos ánimos.

## 8. El concierto

*(Narrador: Guido, el librero)*

Hoy no cabe un alfiler en el Café Central. Todos los vecinos quieren escuchar y ver al niño prodigio del barrio. No será fácil encontrar una mesa libre. No he invitado a Julia porque desde hace varios días no aparece por la librería. Supongo que ha encontrado su gran amor en Leopoldo. ¡Sí, se confirma, porque la acabo de ver sentada junto a Leopoldo, en el lugar donde se sienta siempre él! Me ha visto y parece embarazosa la situación creada,

pero yo no quiero darle muestras de que me afecta, al contrario; quiero que sepa que lo apruebo, y la saludo con una significativa sonrisa. Espero que ella comprenda que no tengo nada que reprocharla. Parece que lo ha comprendido y me devuelve la sonrisa. ¡Todo ha quedado aclarado entre los dos, les deseo una feliz relación! Leopoldo parece que se ha transfigurado. Ahora no lee el periódico del partido, se limita a escuchar lo que le esté diciendo Julia, que como siempre no para de hablar sobre mil cosas al mismo tiempo. Pero Leopoldo parece embelesado con lo que le esté contando Julia. Ella me devuelve el saludo con un expresivo gesto, como si intentara disculparse por su comportamiento. Pero yo le doy a entender que no me afecta en absoluto.

He visto al peluquero que comparte una mesa con dos parejas que deben ser matrimonios. También esta María, quien parece estar muy divertida, porque ríe por causa de algo gracioso que le cuenta uno de los que le acompañan. Jonás no parece compartir la alegría de su hija. Creo que algo le preocupa. Debe ser por causa de las numerosas deudas que tiene contraídas en el barrio. Me ha visto y parece extrañarse de que acuda al café solo. Me invita a sentarme a su concurrida mesa. Sin lugar a dudas acepto: Consigo una silla y me siento junto a su encantadora hija, María. Ella parece complacida, sin duda me considera un buen amigo.

—¿Dónde está su amiga Julia? ¿No quiere ver a Rodolfito? —me pregunta María, aunque creo que sabe la respuesta.

—Julia ha cambiado de acompañante. Ahora sale con Leopoldo, el maestro. ¡Parece que él sabe escuchar mejor que yo! ¿No los has visto? ¡No se perdería este acontecimiento por nada de este mundo!

—¿Y a usted no le importa?

—No, en absoluto; nunca tuvimos una seria relación. Somos muy distintos. ¡Parece que congenia mejor con Leopoldo!

Jonás me ha hecho una pregunta para la que encuentro respuesta:

—Guido, ¿cuándo sentarás la cabeza? No es bueno que un hombre viva solo, sin una mujer que le cuide y le de algún descendiente. La familia es lo que centra a los hombres. ¡No todo se acaba con los libros!

Tal vez si fuera sincero le pediría la mano de María, pero sería muy egoísta por aprovecharme de sus dificultades para sacrificar su hija y dársela a un viejo. Le respondo con una excusa absurda:

—¡La librería y los libros son mi familia!

María parece querer responder a mi absurda afirmación, pero su padre se anticipa.

—Los libros no cuidan de los enfermos ni saben llevar una casa ni te dan hijos ni te hacen compañía cuando está triste o deprimido. ¿No será que no has encontrado todavía tu media naranja?

Tengo la impresión de que está intentando insinuar algo, tal vez halla visto en mi un buen candidato para marido de María. Debe conocer los rumores que corren por el barrio sobre mí y su hija. Ardo en deseos de sincerarme y que sepa que esa media naranja puede ser su hija, pero me contengo.

María parece que tampoco está de acuerdo con mi respuesta.

—Yo creo que lo dices en broma, por mucho que quieras a tus libros no pueden darte el calor de un hogar.

Cuando la conversación se hacía más interesante, la hemos interrumpido porque hemos visto entrar a Laura, pero no viene acompañada de Marcus. ¡Esto parece una epidemia!

—Ahí llega Laura, pero no le acompaña Marcus. ¿Se habrán separado también?

Parece que había quedado en reunirse aquí con su buena amiga Laura, porque se dirige directamente a donde se encuentra ella, y se abrazan efusivamente. Julia debe de estar al corriente de su posible separación de Marcus, porque más que saludarla parece consolarla. Leopoldo se muestra también afectuoso con Laura. Me ha visto y me envía un tímido saludo, parece que no está de humor para encontrarse con los amigos de Marcus. ¿Pero dónde

está él? Es muy extraño que no acuda a un acontecimiento como este, además de que él y Rodolfo son buenos amigos. ¿Estará enfermo? Tal vez venga más tarde, falta todavía más de media hora para que de comienzo la retrasmisión del recital.

La que no podía faltar es Adela, acompañado de su filósofo marido y del pobre de Lucio. Parece que no encuentran mesa, pero unas vecinas y clientas les invitan a sentarse en la suya. Adela es muy codiciada entre las mujeres del barrio, por sus amenas charlas sobre la vida íntima de la gente del barrio. Por supuesto que debe estar al corriente de mi separación.

Cuando me ha visto, la expresión de su cara es de gran asombro y complicidad al verme sentado junto a María. Me temo que se acercará a nuestra mesa para conseguir más material de primera mano para sus chismes. ¡En efecto, viene hacia aquí!

—Hola Guido. ¿Dónde está Julia?

—Allí la tienes, con su amiga Laura —y le señalo donde se encuentran.

Como es una experta en relaciones personales, ha deducido pronto la situación, pero parece que no se conforma con estas evidencias, quiere saber más.

—Ya sé que no es de mi incumbencia, pero ¿no debería estar contigo?

—Adela, tú ya sabes por qué no me acompaña, ¡eres la mujer mejor informada del barrio!

—Lo reconozco, sabía lo de tu separación, pero no podía creerlo... Pero parece que ahora estás en buena compañía...

—No insistas, Adela, ¡porque no tendrás la primicia!

Pero Adela ya sabe todo lo que deseaba saber. Mañana todo el barrio sabrá que hago la corte a María. Saluda a María con un beso que no sé por qué me recuerda al beso de Judas, y regresa a su mesa. Ya ha visto bastante como para una semana de chismes frescos.

## 8. En busca de Linda

*(Narrador: Marcus)*

Me avergüenzo de lo que estoy a punto de hacer. Puede ser el gran error de mi vida. Me puede costar mi reputación y hasta mi negocio, pero algo me dice que es lo que debo hacer. Por otro lado mis deseos son muy confusos. Sería una ignominia que solo me motivara a ir en su búsqueda la satisfacción de mis deseos reprimidos por un exceso de honestidad. Debe de haber algo, pero no estoy capacitado en estos momentos para pensar con lucidez. Sé que me estoy dejando llevar tanto por la imaginación, como por el instinto y la intuición. La imaginación me muestra un paraíso de sensualidad sin límites, el instinto me dice que puedo confiar en ella y la intuición me está gritando que Linda es un diamante en bruto, solo necesita alguien que lo quiera pulir.